

Stephen Dixon en los márgenes

El autor vuelve a experimentar con «**Historias tardías**», una colección de relatos sobre la vejez que se deben leer como una novela

J. G. MORA

El primero de los treinta y un relatos que conforman *Historias tardías* comienza con la muerte de Abigail, la mujer del protagonista. «Su esposa muere, los labios ligeramente separados, un ojo abierto», escribe Stephen Dixon (Nueva York, 1936). En la segunda frase retrocede a la escena anterior: «Él golpea la puerta del dormitorio de su hija menor y le dice: "Sería mejor que vinieras. Parece que mamá está por fallecer"». La historia da otro paso atrás en el siguiente pasaje: «Su esposa entra en coma tres días después de haber vuelto a casa». Ahora entiendo el título, «Esposa en reversa». Dixon contará luego cómo a Abigail una neumonía le complicó su estado de salud, y la esclerosis múltiple que la había sentado en una silla de ruedas. Antes fueron sus dos hijas, y la boda, y la primera cita, y el día que se conocieron: «Después de que ella se ha ido, piensa: "Esa mujer va a ser mi esposa"».



Historias tardías

Stephen Dixon

Trad.: A. Dillon

E. Cadencia, 2018

384 páginas

17,90 euros

★★★★

A STEPHEN DIXON la crítica le ha puesto la etiqueta de escritor experimental, o de escritor de escritores, que es la manera de referirse a quienes escriben sin concesiones, sin que les importe quién o cuándo les editen, ni si venden o no. Dixon ha podido hacerlo porque se ha dedicado a la enseñanza universitaria. «Así fue como no tuve que escribir basura», dijo en una entrevista. «Los editores me dicen: "No sabríamos cómo venderlo". Eso está bien». Nunca quiso escribir como el resto de escritores, y su carrera se explica como un intento de buscar el modo de hacerlo diferente. A sus 82 años acumula una treintena de títulos en los que busca

huir de esa «escritura elegante, autoconsciente».

«**HISTORIAS TARDÍAS**» ES UNA NUEVA oportunidad para sentir que se ha descubierto a un escritor secreto, y que sin embargo siempre ha estado ahí. Estructurado en una treintena de relatos que se pueden leer de forma independiente, Dixon insiste en que este libro es una novela. El protagonista de todos los cuentos es Philip Seidel, un escritor que, como Dixon, ha perdido a su mujer, después de treinta años juntos. Seidel también es un profesor jubilado que vive en Baltimore y dice cosas que diría un escritor de escritores: «Sabes... a veces pienso que mi obra solo está destinada a ser escrita, no leída». En estas *Historias tardías* el autor neoyorquino aborda distintos momentos en la existencia de un hombre que ya se siente viejo. Ya sea retornando a su adolescencia, recordando sus momentos más felices con Abigail o imaginando qué otras vidas podría haber tenido, Seidel ha empezado a entender que ya todo va demasiado rápido para él. Todo acaba.

Sus dedos le marcan la cuenta atrás: antes escribía con los cuatros dedos de su mano, luego con tres y ahora con dos. Eso eso también coinciden Seidel y Dixon, que ya solo puede teclear con el dedo índice. Suficiente para seguir buscándole nuevas vueltas a su literatura. ■



Stephen Dixon

SIRI HUSTVEDT HACE LIMPIEZA Y PONE UN POCO DE ORDEN

La ensayista y narradora neoyorquina **viaja a su pasado**, a su historia de iniciación literaria, para perderse en asuntos de género

Recuerdos del futuro
Siri Hustvedt



Trad.: Aurora

Echevarría

Seix Barral,

2019

416 páginas

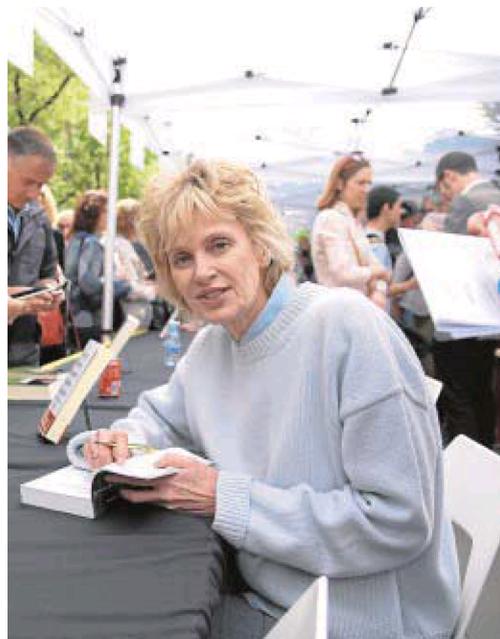
21 euros

★★★★

RODRIGO FRESÁN

Empieza así: la sexagenaria narradora de *Recuerdos del futuro* está poniendo en orden el departamento de su madre. Y entonces encuentra un diario -bajo el título de *Mi nueva vida*- que ella misma llevó a los veintitrés años: cuando dejó atrás los paisajes rurales de su primera juventud y llegó a la decadente pero hiper-creativa Nueva York de los años 70 con el objetivo de convertirse en escritora dando a luz su sombría primera novela. La narradora es SH y la trama que trabaja no se parece mucho al de otra primera novela titulada *Los ojos vendados*, publicada por Siri Hustvedt (Minesota, 1955) quien alguna vez llegó a la Gran Manzana desde las profundidades del país para ponerlo todo por escrito. Pero si hay mucho de *Los ojos vendados* en ese *journal* que -con curiosidad y maravilla- ahora hojea SH, tanto tiempo después.

Así, *Recuerdos del futuro* es un artefacto meta-ficcional en reversa que casi funciona como contraparte femenina de la también auto-memorialista alternativa 4 3 2 1 de Paul Auster quien, como se sabe, es desde hace décadas el compañero de vida y de escritorio de Hustvedt. Aquí -como en aquella- la novela como modelo-para-armar yendo y viniendo, haciendo y deshaciéndose, y fortaleciéndose gracias a la muy perceptiva mirada crítico/ensayística/artística de la autora. Hustvedt se detiene a la vez que posa para ella misma frente al marco y a lo que encuadra como si se tratase de *tableau vivant* a investigar y decodificar. SH son también, nada es casual, las iniciales de Sherlock Holmes y, a su manera, *Recuerdos del futuro* está sostenida



Siri Hustvedt en el día del libro en Barcelona

INES BAUCCELLS

por una trama casi detectivesca que incluye borrador debutante y frustrado con protagonista cuya obsesión son los libros detectivescos.

Dolor alucinado

El misterio subliminal a iluminar -el pasado y el presente cada vez más próximos a medida que se avanza y se acerca

SU INSISTENCIA EN LA IDEA «DE MUJER A LA SOMBRA DE UN HOMBRE» DISTORSIONA EL CONJUNTO

la «solución» del caso -es el de cómo escribir aquí y ahora, en tiempos del #MeToo, una novela de iniciación feminista apoyada en el enigma de algo sucedido tanto tiempo atrás. Y la herramienta/pegamento para ensamblarla es el dolor alucinado de Lucy Brite: enigmática vecina en el apartamento de al lado a la que SH comienza a espiar/oir a través de la pared

con la ayuda de un estetoscopio para, enseguida, convertirla en gran personaje. En criatura imaginable e imaginada.

Más allá de todo lo anterior, lo que aquí vale e importa es la (de)formación del autor a partir de sus creaciones. Y es entonces como SH comienza a percibirse como la reivindicadora que ya era al ser releída desde el aquí y ahora, donde y cuando se permite la formulación de atendibles teorías como la de que la aristócrata dadaísta Elsa von Freytag-Loringhoven fue la verdadera y hembra inteligencia detrás del urinal de Duchamp. Pero es también esta insistencia en la cuestión mujer-a-la-sombra-de-un-hombre la que acaba distorsionando un tanto el conjunto. Así, *Recuerdos del futuro* no es una novela de ideas sino una novela de idea fija que en más de un momento acaba olvidando su verdadero y más logrado tema: las idas y vueltas de la memoria, lo que requiere de una primera o tercera persona narradora para ser más y mejor comprendido o reinventado. ■